

DESINTOXICACIÓN INTOXICADA

— Este mundo está intoxicado.— Confieso mientras releo la notificación que me advierte que hoy he pasado ocho horas y doce minutos enganchada al celular.

— ¿Qué? Hija, son las tres de la mañana.

— Nada, mamá, que me subo al primer vuelo que va a Panamá. Y no me digas que vuelva a dormir y que mañana lo veré más claro porque no hay marcha atrás.

— Elvira, vuelve a la cama y ma...

La conozco tanto que, mientras marcaba el primer número que me aprendí de memoria, ya sabía qué me iba a contestar. Apago el móvil y lo dejo en la mesita de noche, cambiándolo por el libro lleno de polvo que me voy a llevar. Ni cargador, ni auriculares, ni el maldito reloj inteligente que, contra todo pronóstico, me ha acabado de atontar.

Después del vuelo a Ciudad de Panamá y las tres horas de transfer selva adentro hasta las puertas de Kuna Yala, subo a la barca que me dejará en Isla Iguana. Cien metros cuadrados de territorio indígena. Cien metros cuadrados de tierra virgen a los que otorgo la responsabilidad de desconectarme de la rutina acelerada que no soporto. Cien metros cuadrados de

libertad, naturaleza y fobia a la inmediatez, al quererlo todo ya.

Me tumbo en la arena y, con la vista fijada en el coco que podría partirme la crisma, me avergüenza tener el paraíso delante y ser incapaz de tomar una fotografía mental. Echo de menos hacer scrolling inútilmente en Instagram. Esta ridícula añoranza desaparece con el sonido de la caracola que avisa a los huéspedes que es la hora de cenar. Me levanto y me dirijo a la cabaña donde las anfitrionas kunas preparan arroz con coco y el pescado que esta mañana nadaba libre por el Caribe. Qué buena la comida cuando te centras en masticar.

Y mientras vuelvo a mi cabaña con la barriga llena, lista para descansar, mis pupilas, atraídas por una luz cegadora, se clavan dentro de la caseta de las indígenas de Iguana. Y justo ahí, al descubrirlas adictas a las pantallas que delante de los alojados no se les permite utilizar, se desvanece el cuento que me acabo de montar. Les invado su espacio, casi sin preguntar, para que me dejen hacer una llamada de emergencia.

— Vuelvo mañana. Este mundo está intoxicado.